

Leo Perutz



FERNANDO DE VILLENA

Llegué a la literatura de Leo Perutz a través del libro *De noche, bajo el puente de piedra*, sin duda la más fantástica e inquietante de sus novelas, esa obra que recrea la magia oscura y los enigmas de la bellísima Praga.

Puede parecer un tanto pueril o simple deformación profesoral, pero desde hace muchos años tengo la costumbre de calificar mis lecturas del uno al diez utilizando incluso los decimales. Hace ya demasiado tiempo que leí la *Divina Comedia*, las *Memorias de Cellini* o *Las Mil y una noches*, por lo que fue un verdadero motivo de alegría utilizar de nuevo la máxima calificación para un libro. *De noche, bajo el puente de piedra* se la merece con toda justicia. Pero después busqué apasionadamente las demás novelas del autor judío traducidas a nuestra lengua y ninguna de ellas me defraudó, antes bien fui de sorpresa en sorpresa, de novedad en novedad, de disfrute en disfrute.

He llegado a preguntarme cómo un escritor tan extremadamente original, tan hondo y ameno, con una formación clásica tan extremada y un humor tan fino, resulta hoy un perfecto desconocido en nuestro país, y yo mismo me respondí: el desconocimiento de las verdaderas obras magnas de la literatura y el gran descrédito y la apatía en que van cayendo por lo general los libros no sólo se debe a la masiva aparición de los nuevos medios audiovisuales, sino también al hecho de que ahora se publica y se vende como algo extraordinario toda la bazofia del mundo.

Pero volvamos a Leo Perutz, el enigmático escritor que jamás quiso conceder una entrevista y que además fue un notable matemático. Nacido en la ciudad de Praga y en la época de Rilke, Kafka, Brod, Ungar, Meyrink y Kubin, se trasladó después a Viena y más tarde, ante el avance del nazismo, a Tel-Aviv. Antes de su muerte en 1957 escribió diez novelas y un libro de relatos. Casi toda esa amplia producción ha sido traducida al español para las editoriales *Debate*, *Muchnik* y *Tusquets*.

Su primera novela, *La tercera bala*, es una de las mejores que se han escrito sobre la conquista de América y sobre los precursores de los filibusteros; una novela histórica excelente –y lo digo a pesar de lo malparados que los españoles quedan en la narración–, una novela que supera con creces a cuantas hoy se publican sobre el tema.

Los elementos mágicos, oníricos e inquietantes, de una fantasía prodigiosa, se engarzan con toda naturalidad al relato histórico perfectamente documentado, lo que en cierto modo convierte a Perutz en el antecedente del Realismo Mágico. Nadie como él logra insertar en el transcurso de la acción algunas viejas leyendas del folklore europeo y



EL ESCRITOR LEO PERUTZ, DE ORIGEN JUDEO-ESPAÑOL NACIDO EN PRAGA EN 1882. FUE UNO DE LOS AUTORES MÁS POPULARES EN LENGUA ALEMANA DEL PERIODO DE ENTREGUERRAS

de la tradición judía con tanta frescura y oportunidad.

A continuación escribe *El milagro del mango* en colaboración con Paul Frank, *Libertad y Mientras dan las nueve*. Esta última es una obra llena de intriga, de humor negro y de angustia, una obra que enlaza con el Expresionismo pictórico y cinematográfico de autores como Grotz, Lang o Murnau, y que representa un recorrido admirable por las clases sociales y los lugares de la Viena de 1918, esa Viena fascinante que después retratará también extraordinariamente Stefan Zweig en su libro *El mundo de ayer*. El final de *Mientras dan las nueve* es rotundo, característica ésta de casi todas las novelas de Perutz. Sus obras, por aquel entonces, apenas publicadas se convertían en grandes éxitos de ventas.

En *El marqués de Bolibar* reaparece el tema español. Se trata de una novela sobre nuestra guerra de la Independencia en la que se mezclan hechos y personajes inventados con otros del folklore universal como el judío errante. En su atmósfera la novela se parece a *El manuscrito hallado en Zaragoza* de Potocki.

A continuación vino *El maestro del Juicio Final*, la novela que entusiasmó a Borges, una novela de intriga ambientada de nuevo en la Viena de la época. La influencia de esta obra alcanza hasta *El nombre de la rosa* de Umberto Eco.

Turlupín, la siguiente novela, acaso resulte la más floja de su autor, a pesar de la brillante recreación del París de 1642.

Una nueva obra maestra llega con *¿A dónde vas, Manzanita?*, historia de una venganza y una persecución a través de la turbulenta Rusia revolucionaria y después por otros escenarios, para acabar de la manera más insólita y genial. Es también la historia de una individuación, la del protagonista: un hombre marcado por el odio que al fin se libera de su viejo yo.

Antes de su exilio a Palestina escribió aún *La nieve de san Pedro* y *El caballero sueco*. La primera de ambas, creo que no ha sido aún traducida al español y la segunda constituye una hábil intriga acerca de un siniestro intercambio de personalidades.

Tras la guerra, en el destierro de su añorada Centroeuropa, sólo culminó la ya referida *De noche, bajo el puente de piedra* y *El Judas de Leonardo*, otra novela histórica donde el destino se convierte en protagonista.

En la narrativa de Perutz hay mucho de nebuloso, de incertidumbre, de ambigüedad. Pocos como él logran mantener el suspense tan hábilmente.

En su visión, el hombre es un pelele en manos del azar o del destino, pero un pelele que no carece de dignidad.



PORTADA DE LA NOVELA DE NOCHE, BAJO EL PUENTE DE PIEDRA, AMBIENTADA EN PRAGA Y PUBLICADA POR MUCHNIK EDITORES (1998)

Escribir (también) con el paladar

(Los pasos y el sendero)

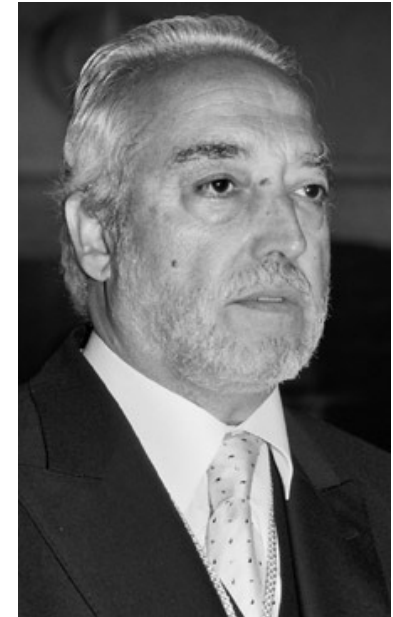
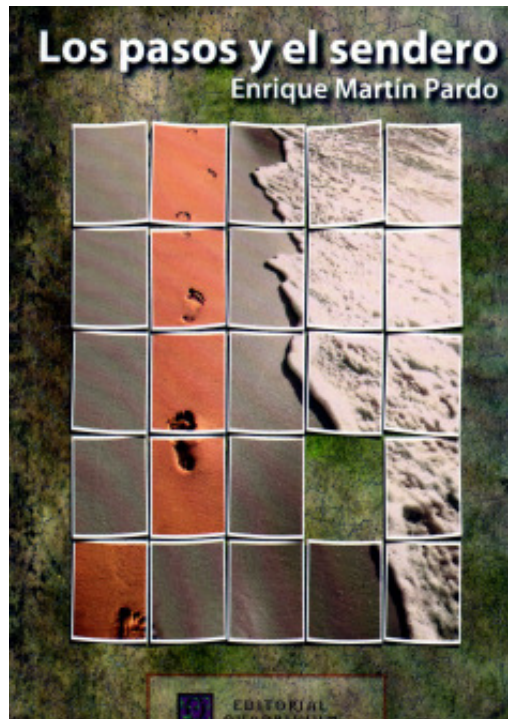


ANTONIO
ENRIQUE

¿Cuál es el secreto de un buen cuento? Ahí es nada responder a eso. Los de Enrique Martín Pardo (Periana, 1943) son tan buenos, enganchan de tal manera, que más bien se paladean, como el buen vino de su tierra. Sus lectores aguardamos con avidez sus nuevas entregas. Estas se producen muy poco a poco, lo que hace valorarlas aún más. Porque crean adicción. Pero unos cuentos así no sólo se escriben, sino que se encofrán, se hornean previamente, se ensueñan: son un néctar, que en este caso conserva las esencias deliciosas de su tierra de origen, la Axarquía malagueña, un territorio con identidad propia venida desde muy lejos en la historia y la leyenda. Las gentes aquí son de una perspicacia poco común, y tienen a gala el bien narrar, con puntos de vista ocurrentes e insólitos. Estos cuentos tienen golosina. Conviene leerlos con reposo, porque con afán de ser plasmados fueron escritos, esto es necesariamente para la sensibilidad del autor. Tres libros fueron suficientes para que destacara por su propia voz y buen hacer en el género: *Un hoyo de aceite y otros relatos* (2001), *El día de mañana* (2004) y *La magia del corazón* (2005); pero, aunque decorosamente editados, son poco accesibles de conseguir. Ahora se publica una selección de estos tres libros, más un adelanto del inédito *La soledad del ángel*, en la antología *Los pasos y el sendero* (Quadrivium, Gerona, 2011).

Un buen cuento ha de poseer lo que todo el mundo entiende por tal en cuanto a forma y fondo; planteamiento, nudo y desenlace, ¿estamos?... Con lo cual no he dicho nada. Distanciamiento es la clave. El escritor, tras entranar el asunto, es capaz de distanciarse emocionalmente, para, viéndolo desde fuera, captar esos resortes, guiños y complicidades que la distancia mínima al texto impide ver; a partir de entonces, su voz se hace colectiva. Los hechos que se narran parecen contarse a sí mismos, sin injerencia del autor; esto es, el lector adquiere la convicción de que no podrían estar escritos de otra manera. Yo creo que este distanciamiento, o extrañamiento, es en lo que el autor ha querido incidir con la elección precisa del título, tomado en este caso de un verso de Pedro Garfías: una cosa son los pasos (la escritura) y otra el sendero (lo que se narra). De no ser así, mejor hubiera sido *Los pasos en el sendero*.

El quicio en torno al que gira la narrativa cuentística de Martín Pardo es la infancia en el mundo rural de posguerra. Los cuentos son tan uniformes en el tono y unívocos temáticamente que, créame el lector, poniendo a unos junto a otros integrarían un libro de memorias de su propia infancia. Surge de ahí un verismo convincente. El lector capta que su invención no es gratuita, no parte de una pirueta mental más o menos ingeniosa. Nada de ecuaciones ni teoremas: la vida misma, ya lo suficientemente rica, aunque también problemática. Se trata de focalizar un determinado instante, con lo que el ánimo del lector se suspende; el aterrizaje viene con el desenlace. Y créame el lector si le digo que la «marca del maestro» está aquí. ¿Por qué? Porque no busca la impresión, ni siquiera, yo diría, la admiración, sino la sonrisa satisfecha. Es,



EL ESCRITOR MALAGUEÑO ENRIQUE MARTÍN PARDO Y LA PORTADA DE SU ANTOLOGÍA DE RELATOS PUBLICADA POR CUADRIVIUM

si se me permite la comparación, la sonrisa del que acaba de sentir que lo ingerido le ha sentado perfectamente, y que el estómago – esto es, la capacidad de disfrutar– queda agraciado.

La marca del maestro, sus desenlaces. Y qué difícil es conseguirlos, en tan corta extensión (cuatro páginas, por lo general). Júzguese, si no. En «El primer día de clase» (relato que empieza en el último día del curso anterior), el desenlace es una simple voz que dice con regodeo: «adelante», separando todas sus sílabas: que fuese el maestro el gigante del que huyeron, era previsible; que termine el cuento así, de manera tan llana y natural, no. Y de ahí la complicidad entre lector y autor. En «Gracias, mamá», el desenlace está en función de la necesidad y el azar, y el conflicto que entre ambos se plantea; vuelve a ser previsible a medias, y el lector se complace en la confirmación de cuanto, al hilo del mismo, ha ido pensando: puesto que el cuento ha sido escrito (lo estoy leyendo), su padre se salvó de milagro. En «El día de difuntos» la convicción es que no podía ser de otra forma el desenlace, dado que el autor lo ha construido sobre el eje de que nunca hasta ese instante había visto llorar a nadie con tanto desgarró y patetismo. En «El pequeño cantor», su final, una tragedia de lo vulgar, es más complejo de lo que parece: ¿hasta qué punto el autor se alegra, con los demás, de semejante contradicción en niño de tan superdotada voz? ¿Serían todos ellos por lógica maldad infantil, o bien por ver confirmado el carácter caprichoso de la fortuna?

Los más de estos cuentos toman la escuela como territorio de las historias. Pero otras veces, el niño acompaña a sus padres a Málaga, y surge así esa delicia de la nostalgia que es «Un contrabandista de muy corta edad», una joya costumbrista con desenlace que mantiene en vilo. O baja a la tienda-taberna de su padre, y aparece «Los tratos», maravilla de la percepción desde la retina de un niño. O

acompaña a un clérigo por esos montes en «La llamada del amor», cuento ideal para los que estén bajos de ánimo. O simplemente sorprende al Caudillo retirándose por el pasillo central, tras un acto oficial en el santuario de La Victoria: la descripción de sus contoneos y el retrato de su expresión, desde la pupila de un escolano cantor al que han dado el privilegio de bajar del coro para verlo de cerca, y el estremecimiento que el estafermo le provoca, suscitan el entusiasmo de cuantos vivimos aquel tiempo. Un tiempo no exento de crueldades, turbaciones anímicas y muchas penurias, como el que se recrea en «Deliciosas criaturas».

Punto aparte, a mi juicio, merecen sus cuentos alegóricos como «El mago y el rey», «La magia del corazón» o «La soledad del ángel», donde, al no haberse de ajustar a pautas estrictas de veracidad, ensaya una teoría de la vida donde están presentes la inteligencia y la bondad de este hombre sabio, su ingenio y su ironía, pues él ve el mundo con la benevolencia de quien sabe que nadie escarmienta en cabeza ajena, y por tanto con resignación piadosa. El desenlace de este último es sencillamente encantador. Como punto y aparte merece la apreciación del quizá el mejor ensamblado, el de atmósfera más potente, germen que podría haber sido de una novela: «Clases particulares».

Escribir con morosidad, con asiento, y con toda la sabiduría de haber vivido sin pedir a la vida más de lo que puede darnos. Así lo hace Enrique Martín Pardo, cuyos cuentos huelen y saben... a esas pasas exquisitas de su tierra, famosas desde los tiempos de Ulises, las mejores del mundo. Y como su proceso implica el grado exacto de sol, viento y lluvia, sobre la tierra grumosa y fina, estos cuentos se han hecho de la misma manera: sabiendo que las cosas sólo alcanzan su perfume al ser contadas, y su sabor al ser paladeadas. Y hay quien, al escribir, nos despierta el paladar.



RIOGORDO RINDE HOMENAJE A LAS HAZAÑAS DEL CURA GUERRILLERO ANTONIO MUÑOZ, QUE EN 1810 SE ENFRENTÓ A LAS TROPAS DE NAPOLEÓN. RECREACIÓN DE LOS HECHOS HISTÓRICOS A CARGO DE LA ASOCIACIÓN TORRIJOS, EN LA PLAZA DEL PUEBLO

El cura de Riogordo, de Díaz Torrejón



FCO. GIL CRAVIOTTO

Francisco Díaz Torrejón (Osuna, Sevilla, 1954) es un historiador especializado en temas napoleónicos. Ya tiene publicados ocho o diez libros sobre la España de José I y numerosos artículos sobre el mismo tema en revistas especializadas. Títulos tan significativos como *Osuna napoleónica (1810-1812)*, *Cartas josefinas*, *Epistolario de José Bonaparte al conde de Cabarrís (1808-1810)*, *Guerrilla, contraguerrilla y delincuencia en la Andalucía napoleónica*, *José Napoleón I en el sur de España. Un viaje regio por Andalucía*, nos pueden dar idea de su largo y constante quehacer en esta especialidad. En su último libro, preciosamente editado por *Academia San Telmo* de Málaga, Díaz Torrejón nos cuenta la vida y andanzas de uno de los guerrilleros más famosos y audaces de Andalucía: el cura de Riogordo.

El protagonista de la obra, Antonio Muñoz Sánchez, nace en este pueblo de la Axarquía malagueña –entonces un villorrio pequeño y mal comunicado–, el 20 de octubre de 1775. Gracias a los trabajos de investigación del historiador Díaz Torrejón sabemos que nuestro personaje era hijo de padres labradores, estudió la carrera eclesiástica hasta el grado de lo que entonces se conocía como bachiller –el mínimo indispensable para ejercer de cura de pueblo–, pero no sabemos dónde efectuó estos estudios ni si respondían a una vocación sacerdotal o fue una manera de evadir la durísima vida del campo andaluz. Hasta la llegada de los franceses Antonio Muñoz Sánchez ejerce su modesta profesión de cura rural sin pena ni gloria. Así hubiese continuado hasta el final de sus días si los acontecimientos que, a partir del Motín de Aranjuez –un auténtico golpe de estado del príncipe Fernando–, y toda la mañana de desastres que le siguieron, no hubiesen espoleado su patriotismo hasta lanzarlo a coger las armas y formar una partida de combatientes. La gota que le faltaba al vaso de su indignación se la ofrecieron los acontecimientos del 2 de mayo en Madrid –Murat hizo gala de su ya acreditada crueldad– y, cuestión de un mes después, el saqueo de Córdoba por la soldadesca del general Dupont de l'Estang, el mismo que pocos días después sería vencido en Bailén.



EL HISTORIADOR FRANCISCO DÍAZ TORREJÓN

Antes de entrar en pormenores el historiador pone al lector al corriente de las ideas políticas del mencionado cura de Riogordo. Eran muy simples y se podían reducir a estas tres palabras: «Dios, Patria y Rey». Fue precisamente la simpleza y brevedad de sus sermones, quizás más próximos a la arenga militar que al sermón propiamente dicho, lo que hizo mella en su rural auditorio y produjo que muchos jóvenes se alistaran como voluntarios para luchar contra el francés. Al principio él sólo era una voz que clamaba desde el púlpito; pero, al cabo del tiempo, después de unos meses en el ejército regular, primero de capellán y después en la Alpujarra granadina como militar subordinado del brigadier Osorio Calvache, decidió crear su propia partida. Dicho con otras palabras: a partir del otoño de 1810, actúa por libre sin recibir órdenes de nadie. Es guerrillero, entendiendo por tal, según la definición del Consejo de Regencia: «Hombres duros y sobrios, que cuestan poco, sufren mucha fatiga y son producto natural del suelo español, donde en ninguna guerra han faltado». De momento

su partida sólo cuenta con cuarenta hombres que empiezan a actuar en la Alpujarra. Son campesinos valientes y decididos, pero de nula formación militar. Él, como todos los iluminados, estaba seguro de que Dios lo llamaba y el hecho de que su primer choque con los franceses –ocurrió en la provincia de Almería– fuese todo un éxito, no hizo más que aumentar su creencia y el número de sus seguidores, que en su momento álgido llegó a los trescientos hombres. Sus mejores aliados fueron el conocimiento del terreno y la ayuda, más o menos forzada, de los lugareños. Esto le permitió actuar en una franja que iba del este de Almería hasta el extremo oeste Málaga. Sus actuaciones siempre respondían a la misma táctica: aparecer, atacar y desaparecer inmediatamente.

En una de sus correrías el cura guerrillero logró vencer al capitán francés Géraud Rigal que, siguiendo órdenes del mariscal Soult, había salido en su persecución. Esto le supuso al cura Muñoz hacerse con el uniforme de varios franceses caídos, que repartió entre sus hombres, y las charreteras del oficial que guardó para sí y desde entonces lució en sus hombros para pavonearse entre sus huestes y los lugareños de todas las aldeas por las que pasaban. El hecho sobrepasa la simple anécdota y nos ofrece una cala importante en la psicología de tan discutido personaje. La biografía nos ofrece otros muchos detalles parecidos: en ellos se mezclan la valentía y la crueldad con la más primitiva ingenuidad y la supina ignorancia.

Cuando los franceses se marcharon de Andalucía el cura de Riogordo se hallaba en las inmediaciones de Granada. El 17 de septiembre de 1812, tanto él como el general Francisco Javier Ballesteros, entraron en la ciudad como vencedores. Para el cura era la culminación de su gloria, pero también su irremediable final: sin franceses que combatir la guerrilla perdía todas sus razones de existencia.

El libro de Díaz Torrejón se lee con la facilidad y amenidad de una novela, pero tiene el aliciente de que, a diferencia de toda novela, cuanto aquí se cuenta ocurrió de verdad y hace tan sólo doscientos años.

¡Ejem!

(Una eufemística reseña del último libro de Andrés Cárdenas)



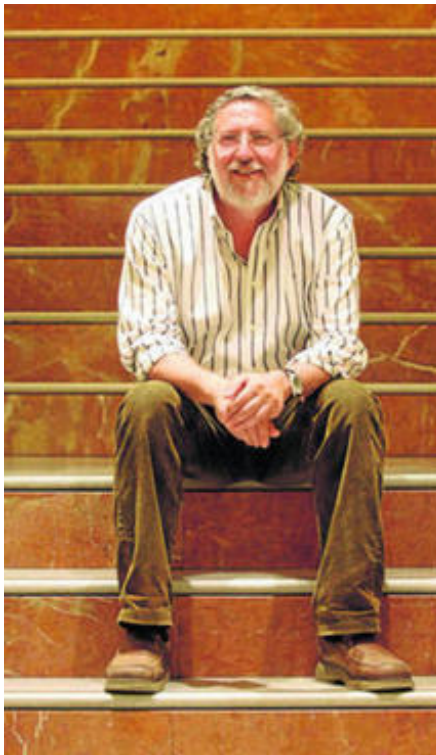
ALBERTO GRANADOS

Andrés Cárdenas es un conocido periodista del diario *Ideal*, en el que lleva media vida escribiendo. Es autor de entrañables columnas sobre la parte más humana de la gente más común. Para ello, usa el tono más directo, más coloquial, más cómplice, ese tono que, pareciendo poco serio, ofrece la impagable garantía de acercar el periodismo al lector, un periodismo de mesa camilla, de zapatillas de andar por casa, de compartir botijo y dar tabaco. Andrés, que va por las calles granadinas saludando a la gente con una sonrisa abierta y franca, domina como nadie este registro y ese humor tierno y humano que rezuman sus artículos llega a todos los lectores de su periódico, cualquiera que sea su nivel sociocultural, su tramo de renta, su formación académica o la zona geográfica en que resida.

Este eficaz comunicador escribió hace unos años una columna en que enumeraba mil usos y frases hechas de una determinada palabra, mil veces polisémica, que el habla de Granada y Jaén, han ido consagrando. Se trata de... ¡Ejem!, ¿Cómo lo podría decir?... O sea... ¡Sí!): una palabra malsonante, tabú en los diccionarios escolares de mis tiempos, que buscábamos morbosamente para encontrar sólo aquello de «Gallina nueva, medianamente crecida, que no pone huevos o que hace poco tiempo que ha empezado a ponerlos» (DRAE), pese a que nosotros preferíamos regodearnos en su significado fálico. Allí estaba el puritanismo ganándole la partida a la lexicografía: la palabra... (Ya saben: esa) ...no era sinónimo de pene, que de esas cosas no se hablaba y menos en un diccionario decente. Si acaso, era un pecado que no sabíamos si sería muy mortal o no, como tampoco sabíamos si comernos una uña rompía el ayuno, algo serio y preocupante, pues luego comulgabas, te morías en pecado y te ibas derecho al infierno y, además, para toda la eternidad eterna...

Nuestro buen Andrés Cárdenas escribió dicho artículo en el mismo tono en que los cuentistas de la antigüedad oriental o nuestro Infante don Juan Manuel narraban sus didácticos cuentos: para enseñar al que no sabe: Harry, un supuesto vecino irlandés que, por su escaso dominio idiomático, quedaba confuso ante la continua presencia de dicha palabra tabú en mil expresiones.

El artículo tuvo un gran éxito y se propagó por Internet. El columnista recibió cientos de comentarios, precisiones, nuevas frases y contextos, más ejemplos, fotografías, matizaciones en fino (que el tema da para serios afanes de precisión semántica)... y ahora, con todo ese material, ha escrito un librito (*Dejaos de pollas, vayamos a pollas*, con prólogo de Andrés Sopena e ilustraciones de Antonio Mesamadero, Granada, Editorial Port Royal, 2011). El opúsculo lleva como subtítulo *Tratado de la palabra más común en el léxico calle-*



jero de las provincias del antiguo Reino de Granada. Ha sido el número uno en ventas de la Feria del Libro granadina, ha agotado la primera edición en un par de semanas y se buscaba por las casetas de la Feria como agua en el desierto.

En la introducción, el autor cita a un tal Jorge Jiménez, amigo suyo (por citar que no quede), que asegura: «...las palabras no son ni feas ni guapas, ni buenas ni malas, sólo son los colores con que pintamos nuestras ideas...». Y Cárdenas, basándose en esa neutralidad inocua de palabras tales como... ¡Glub!, sí: esa), hace una ardiente defensa de su validez. A fin de cuentas, es periodista, tiene que informar de la realidad y la realidad granadina, junto a la jiennense, está llena de... ¡Ejem!: lo dicho) en cada frase cotidiana. Si José García Ladrón de Guevara se acercó a los tabúes en su *La malafollá granadina* y salió airoso, ¿por qué no lo va a hacer él con... ¡Ejem! en fin, ya saben ustedes)?

El libro es un juego, un divertimento lleno de humor en el que Cárdenas recoge todo el material recibido y le da un cierto sentido unitario y estructural, pero sobre todo, acumula cientos de anécdotas jocosas y llenas de ese tipo de humor que la situación requiere. Dividido en capítulos, más artificiosos que naturales, las explicaciones gramaticales y semánticas para Harry forman el hilo conductor del discurso, que no busca otra finalidad que legitimar la palabra... ¡Ejem!)... y arrancar mil sonrisas de los lectores, agobiados por el fatalismo que nos regalan los periódicos cada mañana.

Los modelos que sigue quedan abiertamente expuestos: respecto a su dimensión iconoclasta, va tras los pasos del *Diccionario del Erotismo*, *El cipote de Archidona* o el *Diccionario Secreto*, de Camilo José Cela y el citado *La malafollá granadina*, de García Ladrón de Guevara. En el planteamiento global del libro (Harry y sus confusiones lingüísticas), se acerca mucho a los de Ramón J. Sender en la saga de *La tesis de Nancy* y secuelas. En la parte dedicada a las apócrifas referencias históricas, sigue muy de cerca aquellos libros de Colin & Güester en que quedó asentado el «inglés fromlostiano» (de la traducción literal del refrán «De *perdtós*,



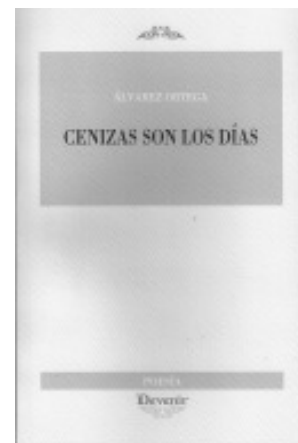
EL PERIODISTA Y ESCRITOR ANDRÉS CÁRDENAS Y LA PORTADA DE SU OBRA RECIENTE, AUTÉNTICO ÉXITO EN LA ÚLTIMA FERIA DEL LIBRO GRANADINA

al río», que un alumno recogió como «From lost to the river») y jugaban con las confusiones lingüísticas aplicándolas a explicar grandes eventos de la historia de la Humanidad, con un rigor historiográfico tan encantable como hilarante.

Para que al libro no le falte de nada, también hace un barrido por esa literatura que nunca aparecía en los libros de mi época porque la censura no la hubiera permitido jamás. La palabrita (esa que me niego a incorporar en un artículo *decente* como éste) aparece en varios textos literarios de indudable valor poético. Cárdenas nos los recupera, que estamos en coyuntura favorable para lo étnico y popular (incluso alguien ha propuesto pedir a la UNESCO que los chistes de Lepe sean patrimonio inmaterial de la Humanidad).

El libro se presentó el pasado 12 de mayo en la Sala de Exposiciones de Caja Granada, en Puerta Real. Ofició de presentador el prologuista, Andrés Sopena, el autor de *El florido pensil*, quien explicó que Granada tiene un idioma específico que él, después de tantos años de vivir aquí, no ha conseguido hablar, aunque lo entiende. Puso varios ejemplos de nuestras peculiaridades lingüísticas, básicamente terminológicas: aparecieron palabras netamente granadinas, tales como «calamonazo», «regomello», «folletá» y, lógicamente, la palabra que más aparece en nuestras peculiaridades idiomáticas, es decir, ¡Ejem!: esa que saben ustedes). El público que llenaba el salón se desternillaba al oír a ambos «Andreses» contar el jocosos anecdotario relativo al contenido de la obra, que un médico y novelista presente en la sala dijo estar recetando a sus pacientes para prevenir depresiones. Como era la Feria del Libro e inmediatamente venía otra presentación, la gente no dio espera a calentar el ambiente, así que entró a saco contando nuevas anécdotas y situaciones divertidas, antes de salir en tromba para la caseta de firmas, donde Andrés estuvo firmando ejemplares más de hora y media.

Como decía Sopena, «...después de escribir o prologar libros como éste, ya no nos van a dar el Nacional de Literaturas». Yo, al perpetrar esta reseña, voy a correr la misma suerte. ¡Cuidao con la...!



EL POETA CORDOBÉS MANUEL ÁLVAREZ ORTEGA Y LA PORTADA DE SU LIBRO RECIENTEMENTE PUBLICADO EN LA COLECCIÓN *DEVENIR* DE MADRID, EN EL QUE NOS OFRECE MUESTRAS DE LA LUMINOSA MADUREZ DE SU POESÍA ÚLTIMA

La poesía ascensional de Manuel Álvarez Ortega



JOSÉ ANTONIO SÁEZ

El poeta Manuel Álvarez Ortega (Córdoba, 1923) ha publicado en la colección de poesía *Devenir*, que desde hace años dirige con tanto acierto y con tan buen criterio el editor Juan Pastor, un nuevo libro de poemas en prosa titulado *Cenizas son los días*. No es ésta la primera ocasión en que el magisterio lírico del cordobés ve la luz en la mencionada colección, pues varios son los títulos suyos que han sido editados en ella.

Quien en sus inicios fundara y dirigiera la revista *Aglæ* (1949-1953), ha sido también traductor y editor de la mejor poesía en lengua francesa, si bien la nómina de sus títulos resultaría demasiado extensa para el reducido espacio de una reseña. Baste decir que estamos ante un poeta mayor, aunque reconocido, nunca suficientemente valorado, a mi juicio; y ello por la calidad difícilmente superable de su obra, por cuyos méritos ha sido propuesto en dos ocasiones al premio Nobel de Literatura.

El poemario en cuestión está estructurado en tres partes que contienen diez poemas cada una y el volumen concluye con una Bibliografía Sumaria, útil siempre para el lector que desea profundizar en una obra que abarca toda una vida de entrega a la poesía con mayúsculas.

Ubicado en un presente que lo enfrenta a la senectud, los textos de este volumen nos confirman en el naufragio que toda vida supone. Herido por el tiempo y sabedor de que éste es limitado para toda criatura viviente, el vate cordobés, dueño de sí mismo y de una serenidad interior que en verdad emociona, sitúa al lector frente al declive que supone la senectud y la conciencia intuitiva del final cercano. Con un tono a veces elegíaco, a veces existencial, y con un armazón de metáforas identificable en su significación más nítida, desde el regreso y la nostalgia, la memoria y el olvido, las heridas cauterizadas y las que no han de cerrarse; el lector camina con

estremecimiento ante la belleza que deviene en ceniza. Ceniza ardiente que se desvanece entre los dedos es la belleza que contienen sus palabras. También la belleza de lo creado se desmorona en el devenir del tiempo. No hay, pues, eternidad posible. Todo parece convocar al cierre del círculo. Todo está cumplido, pero la palabra adquiere el brillo prístino del diamante cegador. La lucidez aflora en las palabras con el acierto del bienaventurado. Juzgue así quien leyere: «FIEL a otra imagen, luego de un largo peregrinar, / tal un alma errante, regresó a la casa, el redil de pobreza, / su última heredad. / Evocaba un tiempo perdido, cuando en el ayer / del sur, hora en penumbra, en su ausencia, lloraba la nostalgia por la tierra. / Fuera entonces como un caudal de sueños que / el olvido abrasara, como si la queja de los años no / hubiera en su corazón nacido. / Y así renace ahora que acaba el día, un ser que se / acoge a la paz que nunca fue, la miseria que resume / su continuo naufragio» (p. 15).

Avezados críticos se han referido a lo que ellos califican de «poesía de senectud» en significados poetas del pasado siglo. Yo no creo que este libro pueda calificarse de tal, sino que se trata más bien de magnífica poesía escrita en la senectud. La madurez y luminosidad que de ella emanan en modo alguno pueden considerarse como signos de decadencia. Qué fibra sensible hay que no toquen con delicadeza y dolorido sentir los versos del eximio poeta cordobés que envuelto en claridad se nos hace transparente.

Álvarez Ortega despliega el tono sosegado y armónico de los clásicos en un decir solemne por su gravedad y quizás, en algo, sentencioso. No cabe pedir mayor ensamblaje a los textos ni tampoco mayor coherencia a los mismos, pues el libro se lee como una elegía continuada, erigida sobre los rescoldos de la memoria que la sostiene, en la constatación de lo inevitable. Por tan solemne prosa

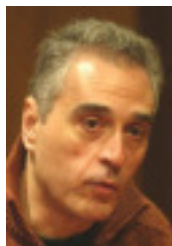
poética avanzan ondulantes las palabras en metáforas aposicionales y parentéticas aclaraciones no menos metafóricas, como avanza el oleaje entregado hacia la playa que lo recibe con la beatitud sublime de la más excelsa sinfonía. Tocado por la gracia del instante, abunda en las metáforas encadenadas, enlazadas como manos dispuestas a cerrar las pupilas que ardieron tras contemplar la hermosura y gozar la belleza de lo creado. Y cae en el más dulce y loco delirio, deambulando, dando vueltas, circundando la claridad que lo envuelve, como ebrio a quien se hace insoportable su propia lucidez.

Con el canto del cisne y la melodía de los violines, así el poeta se adentra en el territorio último de la más clara y lúcida visión a que se ve abocada la criatura humana, asumiendo su destino, constatando el desenlace, haciendo balance del desvalimiento y el desamparo humanos, vibrando en la memoria, tiritando en ella y temblando en la pasión que supuso existir. En medio de las cenizas, algunas brasas proporcionan aún un poco de calor al desahuciado, al desposeído de casa, hacienda y memoria. Pasan éstas como estrellas fugaces, cuyo brillo fascina.

Una obra como la de Manuel Álvarez Ortega justifica una vida. Y un libro como éste del poeta cordobés bien podría devolvernos la confianza en lo que de sublime, a pesar del desencanto que nos atenaza, hay en el alma humana. Versos donde se despliega la misericordia como una blanca sábana que se torna sudario. Palabras que acunan el desamparo, esa justificable benevolencia que el poeta despliega para consigo mismo, como el perrillo que lame sus heridas y se abandona al devenir fugaz en las cenizas que el viento dispersa por la nada.

Así el ungido. El convocado. El lleno de gracia. El que se radiografía a sí mismo hasta transparentarse. El que se enseorea en el reino del verbo palpitante.

Fieramente humano



JOSÉ VICENTE
PASCUAL

Fieramente humano toma en préstamo su nombre del poema de Blas de Otero y es una novela (acaso *un libro*) de aprendizaje en la oscuridad. Como la poesía, claro. Como la prosa cuando la narrativa se empeña en trascender su más básica dimensión de «entretenimiento» y alzarse a vuelo, fieramente humano, en busca de preguntas sin respuesta, de enigmas sin solución. Es el fondo de lo humano, su esencia: indagar con la ambiciosa esperanza de hacer más grande aún nuestro asombro ante lo poco que sabemos acerca del «misterio». Es la senda de lo que algunos autores llaman *conocimiento poético*. También, el camino más inseguro y por ello mismo subyugante en el que sólo está permitido aventurarse a algunos (cada vez menos) novelistas de pura raza. Las personas ignorantes suelen ser muy osadas, pero no hay nada tan arriesgado como el reconocimiento de la propia duda, el arcano temor a lo que hay «más allá de las cosas» y la apariencia de las cosas, y tomar el rumbo que confirme plenamente nuestra ceguera. He escrito «ceguera» como podría haber escrito «cegados por la luz». La conciencia, cuando intenta abarcar un tanto más allá de la experiencia inmediata y la rutina de la obviedad, es una aventura que deslumbra o aturde, o las dos cosas.

La impresión que transita desde las primeras páginas de *Fieramente humano*, y que de inmediato se contagia al lector, es que hemos ido a parar a un mundo de sombras donde nada es lo que parece y cada personaje oculta la última realidad y explicación de su ser; un ámbito donde la única evidencia, narrada con la pericia propia de un autor consolidado como Rodolfo Martínez, es el horror sin respuesta que acom-

FIERAMENTE HUMANO
Rodolfo Martínez
NGC/Ficción
Madrid, 2011
551 págs. 22•



paña al argumento y subyace agazapado en todos los tramos de la novela, al igual que la vida común de los muy comunes mortales siempre aparece un incómodo, omnipresente subrayado de temor ante lo inevitable: el dolor, la enfermedad, la muerte. Desde ese punto de vista, *Fieramente humano* se comporta a la perfección como una exacta metáfora de la vida: no importa donde estemos, lo que hagamos, quiénes seamos... Al final, la única realidad que sabemos indudable y pavorosamente cierta ha de alcanzarnos.

Sin embargo, *Fieramente humano* crece como narración bastante más lejos de una metáfora, por demoledora que ésta sea. Se trata de una novela compleja, de estructura muy difícil (entendámonos: difícil para el autor, el lector pasará por ella con toda fluidez), poblada de innumerables personajes y perfilada en una trama que va adelantando situaciones inexplicables, la mayoría terribles, llamativas sin llegar al tremendismo

efectista; y dichas situaciones, como es lógico, al ser presentadas fuera de una relación pautada de los hechos que las determinan, requieren de todo el oficio del autor para ir cuadrándolas, armonizándolas conforme se desarrolla el argumento y se alcanza su cabal explicación. En el fondo, se trata del viejo truco de la novela policial (no es extraño ni casual, supongo, que uno de los personajes centrales, Gabriel Márquez, sea detective): primero la muerte y después el *commentatio mortis*, el porqué de esa muerte y la explicación del enigma. Aunque en esta novela no hay una muerte sino muchas, y no un «malo» sino muchos personajes de ambigüedad homicida (tan humanos), como son el doctor Zanzaborna, la evanescente Eva, el intermitente Tuerto que aparece y desaparece y nunca deja tranquilo al lector ni a los demás implicados en la trama, el carnívoro Niete y el voladizo Hugin entre otros muchos. Hay lugares lejanos donde se renueva cada día la ceremonia del conocimiento y el espanto, y escenarios próximos, la ciudad oscura, sombría, en silencio mortal y en clamor de escalofríos, donde Márquez, Eva, Zanzaborna... intentan sacar sus vidas adelante igual que exploradores en las viejas películas sobre andanzas selváticas: apartando el matorral a machetazos.

Al final, descubrirá el afanoso lector de *Fieramente humano* que no todas las respuestas se encuentran en la resolución de la trama, ni siquiera en la explicación de los personajes y el porqué de sus actos. Mas no se apuren que el estado de duda alcanza espléndido beneficio. Permanecerá, muchos días después de haber puesto fin a la lectura de la novela, la turbadora sospecha de que, en realidad, el sentido y la explicación sobre todo aquello que leímos se encuentra en el mismo lugar donde estaba antes de abrir las páginas de *Fieramente humano*: en nosotros mismos.

Nunca una invitación a saber sobre lo íntimo fue tan cariñosa, tan exquisita. Tan cruel.

En Constanza



JOSÉ
ENRIQUE
SALCEDO

Por el barrio antiguo de la ciudad, el mar se muestra con crestas de espuma sobre un agitado oleaje gris; el viento, impetuoso, y el cielo, nublado. Siento el olor oceánico del vendaval y presiento algo misterioso en todo lo que me rodea.

Me intriga y me acerco al edificio del Consulado de China, observo la estatua del poeta Mihai Eminescu –del que Rafael Alberti tradujo algunos poemas–, me detengo en el umbral del Acuario y resulta agradable el Casino, de traza modernista. Contemplo el Faro de los genoveses, recorro con asombro las calles y admiro la bella presencia de los palacios de la clase burguesa de comerciantes del siglo XIX, como la «Casa de los Leones». De las numerosas iglesias no me atraen las ortodoxas, sino, por su disparidad y su singularidad dentro del conjunto urbano, la parroquia de San Antonio de Padua, por su disparidad y su campanario, levantada de acuerdo con los modelos de las iglesias medievales del norte de Italia. El elegante y abandonado hotel «Intim» me resulta con mayor encanto que el imponente hotel «Palace». Llego con Andreea a la mezquita, construida en 1823, y entramos primero en el recin-



CASA
DE LOS
LEONES

to y luego subimos por la escalera de caracol al minarete, desde donde se ve en torno el paisaje del puerto y de la urbe.

A pesar de la llovizna y del viento tremendo, proseguimos, fascinados con los aspectos escondidos o inesperados: con el apellido turco o griego de una calle, con el notable Museo de Historia, con una sociedad cultural macedo-rumana, con el original edificio del Museo de Arte Popular... Antiguamente la ciudad comercial griega Tomis se situaba, formando terrazas hacia el mar, a espaldas del actual Museo de Historia. En los jardines exteriores del Museo nos quedamos a ver

unas inscripciones funerarias en griego, traducidas, por las que otras almas del siglo tercero o cuarto nos hablan de sus existencias y de Tomis. Es una forma de conocer a Cecilia Artemisa, al arconte Hermogenes, a Lillas, muerto antes de la madurez, a Andrys y su esposa Cyrila... Vuelvo al centro de la plaza, a los pies de una estatua del poeta latino Ovidio, desterrado en este extremo del Imperio Romano por Octavio Augusto, y unos versos suyos de *Tristia* hacen de epitafio. Me siento de forma semejante, recuerdo a mis amigos de Bucarest y quiero huir a una de las playas donde imagino estuvo el poeta.

Vida y obra de Beatriz Villacañas



JOSÉ LÓPEZ
RUEDA

Conocí a Beatriz en la Asociación Prometeo de Poesía hace ya bastantes años. Yo no llevaba barba a la sazón, pero poco tiempo después, me la dejé y recuerdo que ella me preguntó antes de empezar una sesión prometeica dirigida por esa especie de tsunami con pantalones que es Juan Ruiz de Torres: «¿Y ese apéndice de coquetería masculina?» «Es que quiero parecer un poeta antiguo», le respondí. Desde entonces mi barba sigue blanqueando mi rostro, nuestra amistad se ha consolidado y los dos hemos ido conociendo nuestras sucesivas publicaciones. En el caso de Beatriz, su creatividad ha sido y es «el rayo que no cesa»: Ha publicado varios poemarios, innumerables artículos filológicos y dos libros importantes: *Literatura Irlandesa* y, sobre todo, su estudio monumental sobre la vida y la obra de su padre, el gran poeta toledano Juan Antonio Villacañas. En *La pájara Pinta*, revista de Prometeo, Beatriz y yo hemos compartido páginas de crítica. Concretamente en el número 22 (junio 2005), ella dedicó una generosa y lúcida reseña a mi trabajo sobre Marcial en la obra del humanista madrileño González de Salas, y yo, a mi vez, en el mismo número, escribí sobre su último poemario *El Ángel y la Física*. Es decir que hicimos realidad el célebre dicho de «si me lees te leo».

Otro punto de coincidencia que un buen día descubrimos, fue nuestro común aprecio a José M^a Cabezalí, un profesor de Literatura que ella tuvo en el instituto de Toledo y que fue amigo mío en mis años de ateneísta a mediados del siglo XX. Dada mi existencia errante por diversos países, yo había perdido su pista y gracias a un artículo de Juan Antonio Villacañas, titulado *José M^a Cabezalí en un manicomio*, pude saber con mucha tristeza lo que habían sido sus últimos años en Toledo. Pero lo admirable de este asunto es que la adolescente Beatriz a sabiendas del averiado psiquismo del brillante profesor, fue una de las pocas alumnas que siguió asistiendo a sus clases. Y tal vez esto explique esa chispa de luminosa inspiración que se nota en su poesía.

El primer poemario de Beatriz se titula *Jazz*, lo que indica ya su interés por el mundo anglosajón y su afición juvenil a la genial música afronorteamericana. En estas páginas nos encontramos con pianos y toques de corneta que simbolizan una intensa vida interior. A mí me gustan especialmente los hermosos versos dedicados a Nueva Orleans, ciudad que yo también he visitado y cantado hace ya más de diez años.

Una hija ilegítima del gran poeta romántico inglés Lord Byron, llamada Allegra Byron, le proporciona el título para su segundo poemario. Beatriz alude en un poema principal a las vicisitudes de esta pobre criatura que murió a los cinco años en un convento de monjas italianas. En torno a la niña Allegra, Beatriz teje una corona de poemas dedicados a muñecas como Mariquita Pérez y a escenas de guiñol.

En el tercer poemario, *El silencio está lleno de nombres*, los temas son variados: hay algún poema erótico, una reflexión sobre la recepción del poema, un bello soneto *Al mirlo que se come sus peras* y un interesantísimo poema dedicado a Aquiles, el celeberrimo héroe de la *Iliada*.

Permítaseme decir antes de seguir adelante, que entre tantas y tantos escritores actuales de versos, Beatriz es un oasis, una poeta con toda la barba (y perdónese el oxímoron). *Dublin* es uno de los poemarios que lo prueban. En sus páginas se advierte un dominio de la forma extraordinario, tanto cuando la autora usa el verso libre como cuando se pone clásica. Siempre hay musicalidad en sus textos. Las liras son espléndidas. De casta le viene al galgo, ya que como es sabido, Juan Antonio Villacañas fue un renovador de la célebre estrofa. Me gustan especialmente las de «Sin escapatoria». Hay en el libro un fresco vitalismo y mucho amor por todo lo que existe: ciudades, paisajes, ríos. Beatriz manda a paseo a su ángel y a su diablo y se dedica a vivir la vida según viene, sin hacer conjeturas sobre el futuro. A veces, como en «Los cuerpos extranjeros» se mete en otros cuerpos, se identifica con el universo; y, como siempre, lo hace con gracia, con alegría.

El último poemario publicado por Beatriz, es *El Ángel y la Física*, editado en 2005 por Huerga y Fierro. El título es un tanto sorprendente y creo que la autora cuenta con esa sorpresa. El lector se pregunta si se va a encontrar con poemas referentes a la ciencia del mismo nombre, pero pronto la poeta se encarga de resolver el enigma explicando que ese título expresa la dualidad de espíritu y materia en que los seres humanos consistimos. El carácter fuertemente erótico de los primeros poemas impactan al lector por la pasión arrebatadora con que se expresa en ellos la sensualidad femenina. El deseo físico se plasma en imágenes simbólicas y la batalla de amor le sugiere metáforas de fiereza. El cuerpo en el delirio erótico puede ser «camino al infinito» y los amantes sienten que les posee «la llama original que crea el mundo». A medida que avanza el poemario, la poeta va metiéndose cada vez más en el misterio de la existencia. El tema de la muerte aparece en varias ocasiones, porque, según nos dice Beatriz, es su más pensado tema. Del vitalismo erótico se pasa al neblinoso clima de la ignorancia sobre el ser. Y se pregunta macbethianamente si ella es «el sueño de un visionario o el de un idiota»; o bien se hace la siguiente pregunta que es un estupendo acierto expresivo: ¿Soy «una casual combinación de átomos / que forman una duda, / una plena conciencia del desconocimiento?»

Una faceta menos cultivada por Beatriz, pero de la que va dando cuenta en revistas y antologías, es la de narradora. Concretamente, en las tres selecciones de cuentos dedicados respectivamente a Segovia, Murcia y Toledo, que hemos editado Lola Vicente y yo, la escritora toledana ha colaborado con nosotros.



LA ESCRITORA TOLEDANA BEATRIZ VILLACAÑAS, POETA, ENSAYISTA Y CRÍTICA LITERARIA. SE DOCTORÓ EN FILOLOGÍA INGLESA POR LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE, DONDE ES PROFESORA DE LITERATURA INGLESA E IRLANDESA

De los tres cuentos que han aparecido en nuestros libros, el dedicado a Murcia, es para mí el más intenso de los tres. Titulado *Tiempos rojos*, describe con lirismo de poeta el regreso a Murcia de una pintora después de muchos años de ausencia, para recordar la visita que hizo en su niñez a la ciudad con su padre, un pintor fervoroso y volcánico.

Esta fecunda actividad creadora tiene un apoyo de amor indeleble en su marido Michael White, irlandés luminoso, profesor de la Universidad Complutense y maestro suyo de inglés en los tiempos del bachillerato en Toledo. Lo de Beatriz y Mike fue otro bello caso de amor y pedagogía. Y tanto han volado los dos por los cielos del arte que les ha salido un hijo piloto de la Braniff, que vuela de verdad. No menos volador que todos ellos fue el patriarca de la familia, Juan Antonio, que subió directamente al paraíso en 2001. En homenaje a él voy a terminar estas palabras con el soneto que le dedique a raíz de su muerte:

*Entre la barba y el cabello cano
tus ojos solidarios e indulgentes
ya no dan asomados a sus lentes
tu luz cordial de noble toledano.*

*Tampoco ya tu espíritu boraciano
pasea su alegría por los puentes
del Tajo ni fatiga las pendientes
del tortuoso laberinto urbano.*

*Pero en cambio te eleva Garcilaso
a la ibérica cima del Parnaso
al dulce son de la zampoña agreste.*

*Completas ya tus liras terrenales,
vuelas a las regiones siderales
y eres por fin liróforo celeste.*

Cultura/El Canto del Urogallo

Como pompas de jabón



PEDRO
RODRÍGUEZ
PACHECO

En la década de los noventa del pasado siglo, la editorial inglesa *Faber & Faber* publicó una gran antología de la poesía universal, en la que sorprendió la restringida entrada de poetas españoles, más acentuada, aún, en autores del siglo XX. Los editores justificaban tal carencia al considerar la última poesía española «débil y excesiva»... Al margen de que podamos considerar algunas ausencias injustificadas, lo cierto es que tal estado de debilidad y exceso había estado presente en los planteamientos de la *Diferencia*, precisamente, coincidiendo con la edición de *Faber & Faber*.

Con motivo de los primeros veinte años de estar publicándose *ABC Cultural*, para conmemorarlos, ha salido un número extraordinario dividido en varias secciones, dos de las cuales no tienen desperdicio por lo que, sin estar escrito, podemos leer. La primera de estas secciones trata de reflejar, año tras año, con carácter de síntesis, lo ocurrido culturalmente en nuestro país desde 1991 al presente 2011; una serie de colaboradores del periódico se encargan de tales tareas sintéticas. La otra sección notoria, a la que aludo, es la consistente en llamar a rebato a los que, para el suplemento, son «los más destacados escritores actuales», veinticinco de los cuales responden a una encuesta para nominar los «títulos fundamentales del siglo XXI». La lectura de estas dos secciones que distingo del suplemento conmemorativo no tiene desperdicio y la conclusión, a lo que a poesía se refiere, es desoladora. Pero vayamos por partes.

El primero de estos apartados –las síntesis anuales de la cultura– va transcurriendo monótonamente, año tras año, sin que los autores y críticos encargados de pergeñar los resúmenes anuales presten demasiada atención a lo escrito por ellos mismos en el discursar de las semanas, los meses, los años: tantos descubrimientos geniales, tan exaltadas críticas laudatorias, tanta narrativa excepcional, tan fulgurantes poemarios, se diluyen en la nada que siempre, algunos, pensábamos que eran. Y así, por ejemplo, García Jambrina, encargado semanalmente de hacer la recepción de los libros de poesía, al hacer el resumen del año 2004, sólo recuerda la edición de la poesía reunida de A. Gamoneda. Pero, en poemarios, esta es la norma sorprendente. Nadie saca a colación las maravillas con las que nos estuvieron apabullando durante dos décadas y que convertía la poesía española en el faro y guía de la universal. Pues no; llegada la hora de la verdad se produce un generalizado desapego y nadie recuerda las rutilantes muestras de la poesía oficial, la tan



EDOUARD
MANET,
LES BULLES
DE SAVON

traída y llevada, la que si era cuestionada, los que lo hacíamos lo era por envidia, por la mediocridad que sustentábamos con nuestra distinta manera de entender el acto creativo, y así, ahora, nadie se remite a los fulgores de otrora... Algo de esta esquizencia debió barruntarse Luis A. de Cuenca al consignar el año a él encomendado (1997) porque sin el menor pudor lo remite a su acción cultural en ese año, de manera que nos confiesa que en tal tiempo «dirigía la Biblioteca Nacional» y en tal cometido inventarió todos los tebeos que albergaba la Casa y comprobó «con decepción que apenas había colecciones completas». No obstante, palió «esa intolerable deficiencia en la medida de lo posible». En otro orden de cosas, en ese año de gracia, el *Círculo de Lectores* apadrinaba una Biblioteca Universal cuya sección de Clásicos Latinos dirigía él... Finalmente, termina así su resumen: «Los relojes debieron detenerse en 1997: fue un año excepcional desde todos los puntos de vista»...

Canon, normas, preceptivas, ¿qué fue de tanto galán?, ¿qué fue de tanta invención? ¿Y de los venerables salvados del naufragio de hegemonías y columbarios? ¿Qué fue de Ángel González, de P. García Baena, de Brines, de Caballero Bonald, entre otros? De la generación veneciana del dux y la dogaresa, ¿qué se hizo? ¿Y de la de la experiencia de rebotica, percal y suburbana? O de la posterior, la ebúrnea, efébrica y pitiminí, perseguida por la de la rebanada del pan bimbo con nocilla, ¿qué se hicieron?

El segundo acto de la tragicomedia, la de los veinticinco «más destacados escritores

actuales», los encuestados por el suplemento para distinguir, al menos, cinco obras del Siglo XXI con proyección de futuro, se escenifica sobre un escenario yermo, desolador, si entre las obras resaltadas, sólo las de algún novelista español, todos los demás títulos, foráneos; y, por supuesto –con escándalo–, la renuncia a la proyección de la poesía. Esto es, para los propios, lo que dan de sí veinte años de escritura patria después de llenárseles los piquitos salerosos de himnicas y «hosánicas» a tanto ganso, a tanta oca confundidos con los «cisnes unánimes» de Rubén Darío.

Por lo que leemos en el suplemento conmemorativo del *ABC Cultural*, toda nuestra última literatura, la de los veinte años rememorados, sólo es instantáneo fognazo de magnesio, pompas de jabón, tornasoladas, sí, pero desvanecidas en su vanidosa inmediatez. Lo irritante se significa en que el tal suplemento ha sido coautor del estado lamentable de la cuestión y, por ello, deja perplejo la falta de sensibilidad, coherencia y responsabilidad de quienes lo han dirigido o lo dirige, porque lo mismo que yo he advertido esa inadecuación del día a día de su quehacer con el resumen global que comento, debiera de haber sido constatado, advertido y corregido y, así, no llegar a la ridícula conclusión de que donde «no hay harina todo se vuelve mohína», es decir, la excesiva, débil, feble realidad sustentada por los suplementos mediáticos de gran tirada que ya sentenciaron, en la década de los noventa del pasado siglo, los antólogos ingleses de la *Faber & Faber*.



Motril es Cultura

Con la colaboración del Área de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Motril